



la poesia mancha



BALA EXTRAVIADA



Tabachkova

BALA EXTRAVIADA

la poesia mancha

Primera edición: julio de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Elena García

ISBN: 978-84-948735-8-4

ISBN digital: 978-84-948735-9-1

Editorial La poesía mancha

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España





Prólogo

Hay títulos que definen todo un libro en solo dos palabras.
Este es el caso.

En un mundo en el que todo son dianas, objetivos y trofeos, cualquiera que intente cambiar su trayectoria de lo previamente estipulado, se convierte en sospechoso.

Una vida joven es un proyectil y también es un boomerang. No quieres herir ni que te hieran, pero es inevitable acabar coleccionando cicatrices como besos.

La pena se vuelve tinta con la que escribir a veces el dolor de los demás, a veces el propio.

La poeta representa otras voces y se representa a sí misma mientras trata de encontrarse, y asume su condición de proyectil desobediente.

No es una bala perdida, se ha extraviado por propia voluntad y a veces por voluntad ajena.

La búsqueda de la identidad como una constante poética.

El desarraigo como una pregunta que solo van contestando los años.

Como ancla, un timón que gira y gira. Y un horizonte al que solo se puede acercar en sueños, y vuelve a alejarse cuando despierta.

La poesía de Tabachkova es un mapa que se traza de verso en verso, un puzzle en el que cada amanecer encuentra una pieza nueva.

Con estos poemas se identificarán tanto quienes comparten su juventud, como aquellas y aquellos que ya la han dado por extraviada, que no perdida.

CARLOS SALEM

No quisiste privarme de tus encantos,
y te alojaste en mis venas
incluso antes de que naciera.

Al principio,
eras ese cosquilleo en mis entrañas
de la incertidumbre y la curiosidad
por conocer.

Fuiste tomando forma
poseyendo cada recoveco
de mi cuerpo,
día a día,
año a año.

Te mostraste a través de palabras
danzando en mi cabeza,
que después tintaron
incontables folios en blanco,
de una inusual sensibilidad
que me ponía la piel de gallina,
que hacía temblar a mi alma.

Ahora puedo decir
que te has apoderado
de mi yo completo,
más allá de mi corazón
y mis huesos.

Eres una enfermedad que da vida,
y te expandes como el universo:
de forma acelerada e imparable.

Eres la causa de mi existencia.

Eres **el Arte**.

Bala extraviada es la mesotes entre encontrarse y estar perdido.

Es el tambaleo de un niño intentando mantener el equilibrio sobre una hilera de viejos neumáticos incrustados en el suelo, pero también es la pierna llena de heridas y moratones cuando cae en el lado equivocado.

Es un viaje en el vaivén de las olas del mar, en sus mareas y, también, en la causa de su desaseo.

Son experiencias, ficciones, lo que me ocurrió o lo que no.

Es la vida vista a través de mis ojos.

A veces oscura, otras maravillosa, pero siempre pedagógica.

Con el tiempo he aprendido

A los primeros poetas que leí.

Con el tiempo he aprendido
que la primavera se puede detener,
que el arpa del ángulo oscuro puede que ya no esté,
que la esencia de la poesía está tan deteriorada
que puede desaparecer,
y que el encuentro del huracán y la torre,
el océano y la roca, sí pudo ser.

Con el tiempo he aprendido
que la llama de tu amor se apagó en un momento,
que a veces los sueños no son solo sueños,
que de esa noche no fueron los más tristes
ni los últimos versos,
y que ahora el amor es más largo que el olvido
y ni siquiera es verdadero.

Con el tiempo he aprendido
que la tierra verde no se había ido,
que el caminante volviendo la vista atrás

se pasó el camino,
que ahora todos quieren ser
el pirata marginal con su Temido,
y que el olmo seco,
a pesar del milagro tan anhelado,
fue vencido.

El agujero negro
de tus pupilas
se tragó
la poca cordura que me quedaba



Músculo o piedra

La fiera despertó,
ya ha salido el león de mi interior.

Tanto dolor ha provocado
una situación insostenible,
un circo de sentimientos
que ya no quieren actuar.

Porque, poco a poco,
de tanto dejarlo en la ventana,
se me ha enfriado el corazón.

Y ya no sé si está vivo o muerto,
si es músculo o piedra,
un cristal que se va a romper
de un momento a otro.

Ya no sé si voy a hacer daño,
sin motivo alguno,
a personas que no lo merecen.

Tengo miedo.

Surfeando

Surfeando en tus venas me hallo.

Si no fuera por tu colesterol
y tu debilidad en las válvulas
podría llegar a tu corazón.

Pero aquí me encuentro,
sobreviviendo a tu defectuoso
sistema circulatorio,
y surfeando en sentido contrario.

Mi batalla

Eran las 5 de la mañana
y,
sin seguir
el ritmo de la canción, todo estalló.

Estalló y se estrelló como lo hacen
aquellas relaciones con extremos.

Extremos de verse demasiado pidiendo
no verse, de no verse pidiendo atención.

Atención que se va perdiendo poco a poco como
el amor construido sobre cimientos de cera.

Cera que se derrite cada vez que se
enciende la llama de una discusión.

Discusión que crea dudas, lágrimas,
insultos y noches de dolor.

Dolor que nos consume por dentro
insensibilizando el corazón.

Corazón que no aguanta más golpes,
que se ha cansado de perder la batalla.

Batalla
de la que
no sé salir.

El otro arcoíris

Pasado el mediodía me desperté
en una cama desconocida.
Haciendo un repaso a mi memoria
no lograba construir una línea
lógica en el tiempo.

Pero no me dolía la resaca,
no me dolía el alcohol dando
patadas a mi estómago,
ni los chispazos internos
de mi confuso cerebro.

Me levanté como acto de rutina
al baño a mirarme al espejo,
a través del único ojo
que fui capaz de abrir.

El reflejo me devolvió un arcoíris
en el que solo existían dos colores,
En ese momento mi mañana se tiñó
de tonos morados y marrones.

Volví a la habitación intentando
buscar algo que me hiciese recordar,

Al final
no me resultó tan difícil.

Solo tuve que mirar
al otro lado de la almohada.

Y te solté

Y te solté.

Te solté dejando atrás un rastro de puntos suspensivos
donde ya no cabían más signos de puntuación.
Las páginas quedaron repletas de borrones
y cuentas nuevas que nunca supieron de innovación.

Cada coma era un estirón más de ese cinturón
que me apretaba el cuello,
quitándome el oxígeno que me permitía pensar.
Los puntos y aparte ya casi podían darse la mano
de lo cortas que se estaban haciendo las historias.

Nos estancamos en un bucle eterno de palabras
que necesitaban un punto y final, pero claro,
siempre nos han aterrado los puntos finales.

Y cuando ya no quedaba más inspiración para continuar,
te solté.

Sí, te dejé ir con la esperanza de escribir
una nueva obra llena de aventuras no tan trágicas,
de desechar estos lápices de colores tan oscuros
que deprimirían a cualquiera,
y de que mis titubeantes trazados sean libres
de una vez por todas.

Y te solté,
y lo volvería a hacer una y otra vez.

He descubierto que soy más feliz sin ti
y que, seguramente,
tú también lo serás.